

Oh delirio estupendo y profundo!  
 Oh vértigo azul del vacío y la altura!...  
 Pasar desgarrando la aureola del mundo  
 en un raptó de orgullo mecánico  
 y sabia locura!

Nos eleva en su puño titánico  
 el ciclón de un zumbido.  
 Una hélice gira agujereando el viento,  
 y vamos labrando con surcos de ruido  
 ese campo silente invertido  
 que es el firmamento.

Hemos esquivado por unos instantes  
 la prisión terrestre con un gran impulso  
 de ansiedad y audacia.  
 El ave de acero late como un pulso  
 mientras su acrobacia  
 barrena la atmósfera con ritmo convulso.

Trasponemos de un salto la inquieta  
 cinta de los ríos, que allá lejos grises  
 vemos un instante como cicatrices  
 en la piel rugosa y azul del planeta.  
 Hemos superado murallas de montes  
 y selvas; saltado la yacente boa  
 de una cordillera, con alas audaces.  
 Y empujando vamos hacia atrás, tenaces,  
 la curva infinita de los horizontes  
 con el giratorio hocico de la proa.

Hendimos el húmedo y frío  
 algodón de las nubes preñadas  
 de lluvia y tormenta.  
 Ya estamos más alto que el toldo sombrío,  
 y allá abajo quedan la lluvia y su hastío.  
 El Sol nos fusila con su luz violenta.  
 El mar de las nubes flota a ras del suelo  
 rompiendo en las cumbres de nieve radiante.  
 El avión pasa como un gran diamante  
 rayando el cristal impoluto del cielo.

Oh embriaguez extraña  
 de infinito y cielo!  
 Sentirse elevado en fabuloso vuelo  
 sobre el árbol, la torre y la montaña.

No ver más barreras;  
 ver sólo el espacio insuperable y mudo  
 sin caminos y sin fronteras,  
 resbalando desnudo  
 entre el rodar sin fin de las esferas.

Oh sueño fantástico!  
 De un salto gimnástico  
 identificados al ave de acero,  
 integrando su musculatura,  
 eludir la fuerza de atracción del mundo  
 y ser cual partícula de un astro errabundo  
 de las que abren llagas de luz en la altura.

Rozar los ardientes flancos de un lucero.  
 Pasar desflorando sus llamas inquietas  
 con la vibración de unas raudas paletas  
 de acero.

Ambular sin leyes entre los planetas.  
 Esquivar del viento terrestre la ola.  
 Y ser el granito de sal en la cola  
 de los cometas.

Insecto monstruoso, partir disparado  
 cual rígida flecha hacia el corazón  
 luminosamente frío y nacarado  
 de la luna, en una loca exaltación.  
 Y eso, bajo el ala de una noche inmensa,  
 entre el centellear de las constelaciones,  
 ante la emoción universal suspensa  
 y el callado asombro de los corazones...  
 Volar, volar, volar!

Que los astros absortos nos miren  
 por entre su enjambre de fuego vagar.  
 Que la red de sus rayos nos tiren  
 al paso, queriéndonos en ella pescar.  
 Desgastar la materia en el roce  
 frenético y árido con el éter. Luego  
 sumirse en el mágico goce  
 de dispersarla en el éter y el fuego.  
 Quedar hechos polvo en la altura,  
 un polvo invisibe que esparcido vaya  
 a depositarse para humanas huellas  
 en la nívea playa  
 de las más remotas y dulces estrellas.